MUNDO DE LIBROS

# Cuentos de mi tiempo

JACINTO OCTAVIO PICÓN

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

# Cuentos de mi tiempo

*Jacinto Octavio Picón*

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at DP Europe (http://dp.rastko.net)

[imagen]

# JACINTO OCTAVIO PICÓN

## MADRID

## _MDCCCXCV_

# CUENTOS DE MI TIEMPO

## MADRID

IMPRENTA DE FORTANET, _Libertad_, 20.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Es propiedad del autor.

## ÍNDICE

La primer cuartilla.

La amenaza
  La buhardilla
  El olvidado
  La cuarta virtud

Lobo en cepo
El hijo del camino
Los triunfos del dolor
Los favores de Fortuna
Las plegarias
El nieto
Dichas humanas
El milagro
Elvira-Nicolasa
Sacramento
Santificar las fiestas
La hoja de parra

## _LA PRIMER CUARTILLA_

_Para instruirnos es la ciencia; para mejorarnos la moral; para deleitarnos el arte, donde hallan las fuerzas fatigadas alivio y el espíritu ennoblecido recompensa. Si la obra artística ilustra el entendimiento y depura la conciencia, tanto mejor; pero su misión es ser bella, y lo mismo puede realizarla inspirándose en la fe, descorazonada por la incredulidad, o herida por la duda._

_Tal creo, y sin embargo quise poner en estas humildes páginas algo que levantase el ánimo, y moviera la conciencia contra injusticias y errores de que el arte puede ser, si no remedio, espejo, si no enseñanza, aviso._

_He aquí mi explicación para unos, mi disculpa para con otros._

_Empezó_ El Liberal _a publicar cuentos y me honró pidiéndome

algunos. A ser periódico exclusivamente artístico y literario, hubiera yo trabajado para él de otra suerte: mas imaginé que en un diario político, debía escribir luchando, como soldado raso, contra las ideas casi vencidas de lo pasado y a favor de las esperanzas de lo por venir, no triunfantes todavía._

_Entonces puse el pensamiento en aquella aspiración de justicia, ya escrita en los códigos, pero que aún es letra muerta en las costumbres._

_De ellas me inspiré, intentando contribuir a la pintura de esta época en que una letra de cambio, una obligación, un_ cheque, _pesan en la balanza social más que cuanto representa, trabajo, ciencia, estudio y arte._

_Mis aciertos y mis errores, hijos son de mi tiempo: ni por éstos mereceré censura, ni por aquéllos soy digno de alabanza: de que enderecé al bien la voluntad, estoy seguro._

_Madrid, 1895._

## LA AMENAZA

### I

Sonaron las campanadas del medio día y de allí a poco la puerta comenzó a despedir en oleadas de marea humana la muchedumbre cansada y silenciosa que componía el personal de los talleres. Nadie hablaba: no hacía el varón caso de la hembra, ni buscaba la muchacha el halago del mozo, ni el niño se detenía a jugar. Los fuertes parecían

rendidos, los jóvenes avejentados, los viejos medio muertos. ¡Casta dos veces oprimida por la ignorancia propia y el egoísmo ajeno!

El gentío se fue desparramando como nube que el viento fracciona y desvanece: pasó primero en turbas, luego en grupos y después en parejas que calladamente solían dividirse sin despedida ni saludo, tomando unos el camino de su casa, entrando otros en ventorrillos y tabernas, diseminándose y perdiéndose, confundidos todos y sorbidos por la agitada circulación del arrabal.

Uno de los últimos que salieron fue Gaspar Santigós, alias, _el Grande o Gasparón_, porque era de tremendas fuerzas, muy alto y muy fornido. Hacíanle simpático el semblante apacible, la frente despejada, el mirar franco, y era tan corpulento, que parecía Hércules con blusa.

Echó a andar por la sombra de una tapia, cruzó dos o tres calles, atravesó una plaza, y metiéndose por pasadizos y solares, para acortar distancias, vino a desembocar en un paseo de olmos, jigantescos, cuyo ramaje se entrelazaba formando bóveda de sombra, bajo la cual, le esperaba, sentada en un tronco derribado, una mujer joven, limpia y graciosa, que tenía delante una cesta, al lado un perro, y en el regazo un niño. Corrió el animal hacia su amo, el pequeñuelo alargó las manitas, y mientras el hombre sacaba de la cesta, y partía la dorada libreta, la muchacha, sin dejar de mirarle, apartó a un lado la ensalada, sacó la botella del tinto, la servilleta, las cucharas de palo, y sobre el hondo plato de loza blanca, con ribete azul, volcó el puchero de cocido amarillento y humeante.

## II

Cuando sonaron a lo lejos las campanadas _de vuelta_, echó el último trago, lió un pitillo, dio un beso al niño, arrojó al perro un mendrugo, y oprimiendo rápidamente el talle a la joven, como un avaro que palpa su tesoro, tomó el camino de la fábrica.

Traspuso la puerta, cruzó un patio lleno de pilas de lingotes de hierro, y entró en una nave larga y anchurosa, iluminada por ventanales tras cuyos vidrios empañados se adivinaban muros ennegrecidos, montones de carbón, chisporroteo de fraguas, y altas chimeneas que en nubes muy densas lanzaban a borbotones el humo pesado y polvoriento de la hulla. En lo alto y a lo largo de la nave corría en complicadas líneas un número incalculable de aceros relucientes, de hierros bruñidos, palancas, vástagos y ruedas unidas por correas, que subían, bajaban, se retorcían cruzándose, y giraban vertiginosamente, como miembros locos de un mecanismo vivo en que nada pudiera detenerse sin que el conjunto se paralizara. El piso entarimado temblaba con la trepidación del vapor, cuyos resoplidos se escuchaban cercanos; y de otros talleres, debilitado por el vocerío y la distancia, venía rumor de herrajes golpeados y zumbido de máquinas mezclado a cantos de mujeres.

Al término de aquella nave veíase otra igual y salvando un patio que las separaba, había entre ambas un puentecillo estrecho de madera, junto al cual giraba sobre su eje la enorme rueda de un colosal volante.

Cuando iba _Gasparón_ por la mitad del puentecillo, vio que de la segunda nave llegaba un aprendiz corriendo, con tal ímpetu, y tan lanzado a la carrera, que ya no podía detenerse. Sin tiempo para retroceder, y adivinando que no cabrían los dos en el angosto

pasadizo, _Gasparón_ encogiendo el cuerpo se hizo a un lado: llegó el muchacho como un rayo, se desvió mal, sufrió el encontronazo y cayó de bruces, quedando casi fuera del tablón estrecho que formaba el piso suspendido sobre el vacío del patio, y sin lugar a donde asirse. _Gasparón_, más cuidadoso del peligro ajeno que del propio, le tendió una mano; y el chico, cegado por el miedo, se agarró a ella con tal fuerza y tal ánsia que hizo vacilar al obrero. Este al perder el equilibrio, instintivamente, para recobrarlo haciendo contrapeso, echó hacia atrás el otro brazo puesto en alto, mas con tan mala suerte, que alcanzándoselo un radio del volante le partió el hueso por más arriba de la mano.

El muchacho dijo luego que, a pesar del terror, oyó un crugido como cuando se parte una astilla de un hachazo. Pero aún tuvo aquel hombre fuerza y serenidad para retroceder algunos pasos: arrastró al chico, y al dejarlo en salvo sobre el piso de la nave, cayó rendido a la violencia del dolor.

Recogiéronle sus compañeros, y por no tener enfermería la fábrica, le llevaron sentado en una silla al hospital cercano, donde aquella misma tarde hubo que desarticularle el codo.

La convalecencia fue larga: en ella se gastaron primero los ahorros; luego el préstamo tomado sobre la ropa dominguera, la capa de él y el mantón de ella; después algún socorro de camaradas y vecinos, y por último, un donativo de la _Caja de resistencia en huelgas_. En nuevo trabajo no había que pensar; porque el brazo perdido era el derecho.

## III

Cuarenta y tantos días después de la desgracia, la mujer de _Gasparón_ se presentó en la pagaduría de la fábrica.

Era una habitación pequeña dividida por un tabique de madera y tela metálica con ventanillos, tras los cuales se veía un señor viejo, bien vestido, de camisa limpia, que estaba leyendo un periódico, sentado junto a una caja de caudales. Cerca de él, al alcance de su vista, había dos hombres que de pie y encorvados escribían en grandes libros puestos sobre pupitres de pino.

--¿Qué traes tú por aquí?--dijo uno de los escribientes al acercarse la mujer.

--¿Cómo ha quedado _Gasparón_?--preguntó el otro.

--Pues, ¡cómo ha de quedar! Manco.

--¿Y a qué vienes?

--A cobrar.

Uno de aquellos hombres tomó un cuaderno y comenzó a pasar hojas murmurando:

--Gaspar... Gaspar...

--Está por Santigós. Nave de taladros, sección segunda--dijo la mujer.

--Es verdad; Gaspar Santigós, aquí está.

--Ese es--añadió ella suspirando.

El escribiente se puso a hacer números en una cuartilla de papel, y sin alzar la vista preguntó:

--¿Había cobrado la semana anterior?

--Sí, señor.

--Pues son... deben de ser...

Entonces el caballero de la camisa limpia soltó el periódico y sin mirar a la joven preguntó:

--¿Qué día fue eso?

--El veinte pasado: miércoles, a las dos--contestó ella tristemente.

--Pues poca duda cabe--repuso el caballero--lunes, uno; martes, dos; miércoles... dos días y medio, que a cuatro cincuenta de jornal... son once pesetas con veinticinco céntimos.--Y se volvió de espaldas.

Sacó el dependiente una esportilla de la caja, contó el dinero, y sin más conversación hizo la entrega. Marchose llorando la muchacha, y aún se oía el ruido de sus pasos cuando el caballero de la camisa limpia dijo severamente:

--No se le olvide a usted apuntar que _Gasparón_ es _baja_.

## IV

Cuando los obreros supieron que a _Gasparón_ se le habían pagado _dos días y medio_, corrió sobre sus tugurios y agitó sus cabezas viento de tempestad. La iniquidad llamó a la ira.

Reuniéronse los delegados de los grupos, hubo Junta una noche en la trastaberna del _Francés_, y para completo conocimiento del caso, se citó también al pobre manco.

_Gasparón_ contó su desgracia con la mayor naturalidad, mostró el muñón cicatrizado, lleno de costurones, y luego, mientras duró la

## Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

**tiendamundodelibros.com**